

PARA QUÉ ESTUDIAR Y ENSEÑAR LA HISTORIA

Enrique Florescano Mayet

Hace tiempo, el historiador inglés R.G. Collingwood definió así los fines de la historia:

(La historia es la disciplina del) auto-conocimiento humano... Conocerse a sí mismo significa conocer lo que se puede hacer, y puesto que nadie sabe lo que puede hacer hasta que lo intenta, la única pista para saber lo que puede hacer el hombre es averiguar lo que ha hecho. El valor de la historia, por consiguiente, consiste en que nos enseña lo que el hombre ha hecho y en este sentido lo que es el hombre.

Estas palabras de Collingwood responden con economía la pregunta para qué se estudia la historia. El estudio de la historia es una indagación sobre el significado de la vida individual y colectiva

Este texto es un resumen de las principales tesis que sostengo en el libro *Para qué estudiar y enseñar la Historia*, publicado en el año 2000 por el Instituto de Estudios Educativos y Sindicales de América.



Coordinación de Proyectos Históricos Especiales del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. Correo electrónico: eflorescano@conaculta.gob.mx

TZINTZUN, Revista de Estudios Históricos, N° 35, enero-junio del 2002.

de los seres humanos en el transcurso del tiempo. Hasta el momento no se ha encontrado otra guía mejor para adentrarse en la complejidad de la existencia humana que este arte, inventado en los albores de la humanidad.

Cuando el estudio de la historia nos transporta a los tiempos transcurridos y nos acerca a las tareas que nuestros antecesores le asignaron al rescate del pasado, advertimos que las funciones de la historia han sido variadas. También observamos que buena parte de esas tareas se concentró en dotar a los grupos humanos de identidad, cohesión y sentido colectivo.

Desde los tiempos más remotos, los pueblos que habitaron el territorio que hoy llamamos México acudieron al recuerdo del pasado para combatir el paso destructivo del tiempo sobre las fundaciones humanas; para tejer solidaridades asentadas en orígenes comunes; para legitimar la posesión de un territorio; para afirmar identidades arraigadas en viejas tradiciones; para sancionar el poder establecido; para respaldar con el prestigio del pasado vindicaciones del presente; para fundamentar en un pasado compartido la aspiración de construir una nación; o para darle sustento a proyectos disparados hacia la incertidumbre del futuro.

En todos esos casos la función de la historia es la de dotar de identidad a la diversidad de seres humanos que formaban la tribu, el pueblo, la patria o la nación. La recuperación del pasado tenía por fin crear valores sociales compartidos, infundir la idea de que el grupo o la nación tuvieron un origen común, inculcar la convicción de que la similitud de orígenes le otorgaba cohesión a los diversos miembros del conjunto social para enfrentar las dificultades del presente y confianza para asumir los retos del porvenir.

Dotar a un pueblo de un pasado común y fundar en ese origen remoto una identidad colectiva es quizá la más antigua y la más constante función social de la historia. Se inventó hace mucho tiempo y sigue vigente hoy día. Como dice John Updike, el historiador sigue siendo el especialista de la tribu que tiene el cargo de contarle a los demás lo que todo grupo necesita saber: “¿Quiénes somos? ¿Cuáles

fueron nuestros orígenes? ¿Quiénes fueron nuestros antepasados? ¿Cómo llegamos a este punto o a esta encrucijada de la historia?”.

Como observó Marc Bloch, “el espectáculo de las actividades humanas” que constituye el objeto de la historia “está hecho para seducir la imaginación de los hombres. Sobre todo cuando gracias a su alejamiento en el tiempo o el espacio, su despliegue se atavía con las seducciones de lo extraño”. Estas características explican el atractivo tan grande que tiene el relato histórico y su audiencia vasta, continuamente renovada. Atrae al común de la gente y al curioso porque el relato histórico los transporta al misterioso lugar de los orígenes. Al tender un puente entre el pasado distante y el presente incierto, el relato histórico establece una relación de parentesco con los antepasados próximos y lejanos, y un sentimiento de continuidad en el interior del grupo, el pueblo o la nación. Al dar cuenta de las épocas aciagas o de los años de gloria, o al rememorar los esfuerzos realizados por la comunidad para defender el territorio y hacerlo suyo, crea lazos de solidaridad y una relación íntima entre los miembros del grupo, el espacio habitado y el proyecto de convivir unidos.

Pero si por una parte el estudio de la historia ha sido una búsqueda infatigable de lo propio, su práctica es un registro de la diversidad del acontecer humano. La inquisición histórica nos abre al reconocimiento del otro y, en esa medida, nos hace partícipes de experiencias no vividas pero con las cuales nos identificamos y formamos nuestra idea de la pluralidad de la aventura humana.

Para el estudioso de la historia la inmersión en el pasado es un encuentro con formas de vida distintas, marcadas por la influencia de diversos medios naturales y culturales. Por esos rasgos peculiares a la práctica de la historia puede llamársele el oficio de la comprensión. Obliga a un ejercicio de comprensión de las acciones y motivaciones de seres humanos diferentes a nosotros. Y como esta tarea se practica con grupos y personas que ya no están presentes, es también un ejercicio de comprensión de lo extraño.

Podemos decir entonces que estudiar el pasado supone una apertura a otros seres humanos. Nos obliga a trasladarnos a otros

tiempos, a conocer lugares nunca vistos antes, a familiarizarnos con condiciones de vida que difieren de las propias. La historia nos lleva al encuentro con seres que habitan culturas extrañas y de ese modo nos incita a reconocer otros valores y a romper las barreras de la incomprensión fabricadas por nuestro propio entorno social. Dicho en forma resumida, el oficio de historiador exige una curiosidad hacia el conocimiento del otro, una disposición para el asombro, una apertura a lo diferente y una práctica de la tolerancia. Como advierte Owen Chadwick, el oficio de historiador requiere la humildad del corazón y la apertura de la mente, dos cualidades que proverbialmente se ha dicho que son indispensables para la comprensión histórica.

Es verdad que no en todos los historiadores alienta la simpatía y la disposición hacia lo otro. Pero el conjunto de los cultivadores de este oficio, y sus maestros más eminentes, nos muestran que el oficio de historiador, cuando se ejerce con probidad, es una apertura a la comprensión y una disposición hacia el reconocimiento de lo extraño.

El estudio de la historia es siempre un registro de la temporalidad. Al mismo tiempo que la imaginación histórica se esfuerza por revivir lo que ha desaparecido, por imbuirle permanencia a lo que poco a poco se desvanece. Por otro lado es una indagación sobre la transformación ineluctable de las vidas individuales, los grupos, las sociedades y los estados. La historia, se ha dicho, es el estudio del cambio de los individuos y las sociedades en el tiempo. Los historiadores se empeñan en indagar “lo que ‘había’, lo que ‘no hay aquí’, lo que ‘no hay ahora’... Su objeto es el cambio de la vida social”.

Buen número de los instrumentos que el historiador ha desarrollado para comprender el pasado son detectores del cambio y la transformación. El historiador registra el cambio instantáneo, casi imperceptible, que el paso de los días provoca en las vidas individuales y colectivas. Estudia los impactos formidables producidos por las conquistas, las revoluciones y las explosiones políticas que dislocan a grupos étnicos, pueblos y naciones. Y ha creado métodos refinados para observar los cambios lentos que a través de cientos de años transforman las estructuras económicas, las mentalidades o las instituciones que prolongan su vida atravesando el espesor de los siglos.

Gracias al análisis de estos diversos momentos de la temporalidad, el estudio de la historia nos ha impuesto la carga de vivir conscientemente la brevedad de la existencia individual, la certidumbre de que nuestros actos de hoy se apoyan en la experiencia del pasado y se prolongarán en el futuro, y la convicción de que formamos parte del gran flujo de la historia, de una corriente mayor por la que transitan las naciones, las civilizaciones y el conjunto de la especie humana. Al reconstruir los hechos pasados la historia satisface una necesidad humana fundamental: integra las existencias individuales en la corriente colectiva de la vida. Como advierte Grahame Clark,

Es propio de las sociedades humanas, en contraste con las otras especies animales, el estar constituidas y motivadas, en una proporción muy grande, por una cultura heredada.

Es cosa común aceptar que las actitudes y creencias de los seres humanos, y los modelos de conducta que se derivan de éstas, provienen del pasado, y su validez descansa, ciertamente, en su antigüedad. Los seres humanos deben su carácter distintivo al hecho de compartir memorias sociales y sustentar valores heredados del pasado.

La indagación histórica es también un encuentro con lo irreplicable e imperecedero. Cuando el estudioso de la historia analiza los hechos ocurridos en el pasado, se obliga a considerarlos según sus propios valores, que son los valores del tiempo y el lugar donde esos hechos ocurrieron. Al proceder con este criterio de autenticidad, el historiador le confiere a esas experiencias una significación propia y un valor duradero, único e irreplicable dentro del desarrollo humano general. Por esa vía las experiencias individuales y los actos nacidos de la intimidad más recóndita se convierten en testimonios imperecederos, en huellas humanas que no envejecen ni pierden valor por el paso del tiempo.

Hace siglos, al observar esta característica de la recuperación histórica, el humanista italiano Marsilio Ficino escribió: "La historia es necesaria, no sólo para hacer agradable la vida, sino también para

conferir a ésta un sentido moral. Lo que es en sí mortal, a través de la historia conquista la inmortalidad; lo que se halla ausente deviene presente; lo viejo se rejuvenece". Un siglo más tarde, el fraile franciscano Juan de Torquemada, al escribir en México el prólogo de su notable *Monarquía indiana*, reprodujo con otras letras la sentencia del humanista italiano. Decía Torquemada: "Es la historia un enemigo grande y declarado contra la injuria de los tiempos, de los cuales claramente triunfa. Es un reparador de la mortalidad de los hombres y una recompensa de la brevedad de esta vida; porque si yo, leyendo, alcanzo claras noticias de los tiempos en que vivió el católico rey don Fernando o su nieto, el emperador Carlos V, ¿qué menos tengo (en la noticia de esto) que si viviera en sus tiempos?"

Por otro lado, la historia, al revisar los asuntos que obsesionan a los seres humanos, los despoja del sentido absoluto que un día se le quiso atribuir. Contra las pretensiones absolutistas de quienes desearon imponer una sola Iglesia, un solo Estado o un orden social único para toda la humanidad, la historia muestra, con la implacable erosión del paso del tiempo sobre las creaciones humanas, que nada de lo que ha existido en el desarrollo social es definitivo ni puede aspirar a ser eterno. La historia, advierte Hornung, "inexorablemente destruye todos los valores 'eternos' y 'absolutos' y demuestra la relatividad de los referentes absolutos que nos esforzamos por establecer". Al contemplar la naturaleza efímera de los datos que recogen el historiador, el etnólogo o el analista del desarrollo social, cobramos conciencia del carácter mutable de las construcciones humanas y comprendemos también los impulsos desquiciados que quisieron congelarlas en el tiempo y hacerlas inmunes al paso de los días.

Otra función social que cumple la historia proviene de los hábitos establecidos por sus propios practicantes. En los dos últimos siglos, pero sobre todo en el que terminó, el estudio de la historia se convirtió, más que en una memoria del pasado, en un análisis de los procesos del desarrollo humano, en una reconstrucción crítica del pasado. Como ha dicho Marc Bloch, "El verdadero progreso (en el análisis histórico) llegó el día en que la duda... se hizo 'examinadora' (cuando

las reglas objetivas fueron elaboradas paulatinamente y permitieron (escoger) entre la mentira y la verdad”.

A través del examen cuidadoso de los vestigios históricos, sometiendo los testimonios a pruebas rigurosas de veracidad y autenticidad, y atendiendo más al cómo y al por qué ocurrieron así los hechos, el relato histórico se transformó en un saber crítico, en un conocimiento positivo de la experiencia humana. La investigación histórica estableció entonces la regla que dice que “una afirmación no tiene derecho a producirse sino a condición de poder ser comprobada”, y nos advirtió que de todos “los venenos capaces de viciar un testimonio, la impostura es el más violento”.

La crítica de las fuentes nos enseñó también, como advierte Ruggiero Romano, que el historiador que sólo lee los testimonios históricos sin relacionarlos con el contexto donde éstos se inscriben, corre el riesgo de pasar por alto el significado profundo de tales testimonios. Dice Romano que cuando una vez le preguntaron por qué había elegido la carrera de historiador y no otras que parecían más excitantes, respondió: *para leer bien los periódicos*. Con esta ocurrencia quería decir que uno de los atractivos más interesantes de la historia es la posibilidad que ofrece de

aprender a ver, más allá del escrito, la intención del que escribe; detrás del relato de un acontecimiento, la estructura que lo sostiene; más allá de la espuma de la ola, la mar de fondo. En suma, la investigación histórica enseña que no existe solamente el texto, sino sobre todo el contexto; que uno no puede servirse de un texto sin la crítica (filológica, semántica, conceptual) de ese mismo texto; que el acontecimiento aislado es poco significativo y que lo que cuenta es el mecanismo que articula un conjunto de acontecimientos.

En una obra ejemplar, que resume las bondades y los peligros del oficio de historiador, dice Luis González que en la medida en que el historiador tuvo mayor cuidado en la crítica y selección de sus fuentes, mejoró sus métodos de análisis y entró en contacto con las ciencias y las disciplinas humanistas, en esa misma medida se transformó en un impugnador de las concepciones del desarrollo histórico fundadas en los mitos, la religión, los héroes providenciales,

los nacionalismos y las ideologías de cualquier signo. De este modo, en lugar de buscarle un sentido trascendente a los actos humanos, de legitimar el poder o de servir a las ideologías, la práctica de la historia se convirtió en un ejercicio crítico y desmitificador, en una “empresa razonada de análisis”, como decía Marc Bloch.

Bajo el influjo de estas corrientes de pensamiento la investigación histórica abandonó las interpretaciones universales del desarrollo humano y se dedicó a estudiar las acciones de los actores individuales y colectivos de manera concreta, buscando explicar la conducta de los hombres a partir de su propia lógica, y esforzándose por comprender el cambio histórico a partir de sus propios desenvolvimientos, en tanto procesos capaces de ser observados con los instrumentos analíticos creados por la inteligencia y el saber positivo. Podría entonces decirse que la norma que se ha impuesto la investigación histórica de nuestros días es hacer de su práctica un ejercicio razonado, crítico, inteligente y comprensivo. Es decir, se ha convertido en un estudio sometido a las reglas de la prueba y el error propias del conocimiento riguroso.

Aun cuando los historiadores soñaron algunas veces equiparar el conocimiento histórico con el científico, después de ensayos desafortunados acabaron por reconocer que la función de la historia no es producir conocimientos capaces de ser comprobados por los procedimientos de la ciencia experimental. A diferencia del científico, el historiador, al igual que el etnólogo o el sociólogo, sabe que no puede aislar herméticamente su objeto de estudio, pues las acciones humanas están inextricablemente vinculadas con el conjunto social que las conforma. Y a diferencia del historiador positivista, que creía posible dar cuenta de los hechos tal y como estos efectivamente ocurrieron en el pasado, el historiador de nuestros días ha aceptado que la objetividad es una relación interactiva entre la inquisición que hace el investigador y el objeto que estudia: “La validez de esta definición proviene de la persuasión más que de la prueba; pero sin prueba no hay relato histórico digno de ese nombre”.

A pesar de las diferencias de enfoques que hoy oponen a los diversos historiadores y escuelas historiográficas, hay consenso en que el objetivo principal de la historia es la producción de conocimientos

mediante el ejercicio de la explicación razonada. Desentrañar los enigmas de la conducta humana y dar razón del desarrollo social se convirtieron en indagaciones presididas por el análisis sistemático y la explicación persuasiva.

Si estas son las características del conocimiento histórico veamos entonces cuales son las razones o los motivos que nos inducen a estudiar la historia.

Veamos ahora lo que podríamos llamar los valores del conocimiento histórico que contribuyen a la formación del ciudadano y a darle un sentido social a la enseñanza de la historia. Si damos un salto desde los tiempos remotos hasta los días actuales, advertimos que los motivos que hoy nos mueven a enseñar la historia no difieren sustancialmente de los fines que animaron a nuestros antepasados. Enseñamos a nuestros descendientes la historia propia y la de otros pueblos para hacerlos conscientes de que son parte de un proceso que se inició hace miles de años y por el que han transitado pueblos y civilizaciones distintos a los nuestros.

Enseñamos el pasado porque somos conscientes de que el “pasado fue el modelo para el presente y el futuro”. En cierta manera, el conocimiento del pasado es la clave del “código genético”, como lo llama Eric Hobsbawm, “por el cual cada generación reproduce sus sucesores y ordena sus relaciones. De ahí la significación de lo viejo, que representa la sabiduría no sólo en términos de una larga experiencia acumulada, sino la memoria de cómo eran las cosas, cómo fueron hechas y, por lo tanto, de cómo deberían hacerse”.

Enseñar el desarrollo histórico de los pueblos equivale entonces a ser conscientes, en primer lugar, de nuestra temporalidad, a situarnos en nuestra propia circunstancia histórica.

La primera lección del conocimiento histórico es hacernos conscientes de nuestra historicidad. “La vida humana se desarrolla en el tiempo, es el tiempo donde ocurren los acontecimientos y... es en el transcurso del tiempo que los hombres escriben la historia”. Los individuos, así como los grupos y las generaciones humanas, requieren situarse en su tiempo, en el inescapable presente que irremediamente forjará su propia perspectiva del pasado y sus expectativas del futuro.

La dimensión histórica, con su ineludible juego entre el presente, el pasado y el futuro, es el ámbito donde los seres humanos adquieren conciencia de la temporalidad y de las distintas formas en que ésta se manifiesta en los individuos y en los grupos con los que éste se vincula.

La conciencia de que nuestras vidas se realizan en el tiempo y se modifican con el transcurrir temporal la adquirimos primeramente en el seno de la vida familiar y en el propio entorno social. La primera noción de que el ser humano está vinculado con sus antecesores en una suerte de cadena temporal se adquiere con los padres y los ascendientes de los que éstos provienen. En el seno de la familia el niño cobra por primera vez conciencia de que es un eslabón temporal de un grupo social cuyos orígenes se sitúan en un pasado remoto. Es en el seno de la familia donde se percata de las diferencias de edad y donde adquiere noción de los cambios que el paso del tiempo induce en la vida humana. Más tarde esta percepción individual de la temporalidad se convierte en percepción social cuando el joven o el adulto entran a formar parte de generaciones, grupos y clases sociales. La apreciación de que el grupo, la tribu o la nación también cambian con el transcurso del tiempo aparece cuando el individuo se inserta en la vida social de su momento histórico.

El proceso histórico, además de verificarse en el tiempo, ocurre en el espacio. Tiempo y espacio son los dos ejes del acontecer histórico. Los hechos históricos, una vez situados en el tiempo, requieren ser ubicados en el lugar donde ocurren, deben ser registrados en una geografía precisa. Cualquier persona que se acerca al pasado, y con más razón el historiador, está obligada a conocer el lugar exacto donde ocurrieron los hechos y a dar cuenta de las características de ese espacio.

Por estos rasgos del conocimiento histórico el estudio de la historia marcha emparejado con la geografía en muchos países. No puede haber conocimiento fidedigno de los acontecimientos sin el registro pormenorizado del territorio donde éstos sucedieron. Sin caer en las aberraciones que proclamaron que el lugar o el clima determinaban la naturaleza de los acontecimientos históricos, es un hecho que el medio geográfico impone su huella sobre las obras humanas. El

historiador, como el geógrafo, está entonces obligado a conocer el ámbito ecológico que rodea la vida social para explicar el peso del medio natural en el desenvolvimiento de los seres humanos.

Por otra parte, la historia, al recoger y ordenar el conocimiento del pasado, se convierte en el almacén de la memoria colectiva, en la salvaguarda de la nación. La historia es el saber que da cuenta de las raíces profundas que sostienen las sociedades, las naciones y las culturas y, asimismo, es la disciplina que esclarece el pasado de los individuos: es el saber que devela las raíces sociales del ser humano.

Por las razones anteriores se puede afirmar que el conocimiento histórico es indispensable para preparar a los niños y los jóvenes a vivir en sociedad: proporciona un conocimiento global del desarrollo de los seres humanos y del mundo que los rodea. El conocimiento histórico es, ante todo, conocimiento del ser humano viviendo en sociedad. Si las nuevas generaciones están obligadas a conocer el presente, es conveniente que lo hagan a partir del pasado que ha construido ese presente. Es necesario que cada generación sepa actuar en el presente fundada en el conocimiento que le proporciona el análisis de la experiencia pasada.

Desde el inicio de la vida civilizada el conocimiento histórico ha sido el mejor instrumento para difundir los valores de la cultura nacional y para comprender el sentido de la civilización.

En este sentido la enseñanza de la historia es uno de los conductos más adecuados para conocer los valores universales que han guiado a la humanidad y un transmisor eficaz de los valores e identidades nacionales. Desde el amanecer de la civilización el conocimiento histórico ha sido el mejor instrumento para comprender el sentido del desarrollo humano y para acendrar los valores de la cultura nacional.

Para alcanzar estos objetivos los mexicanos estamos obligados a emprender una reforma radical de la enseñanza de la historia, porque la historia que hasta ahora hemos enseñado en nuestras escuelas está plagada de deficiencias y se enseña terriblemente mal. Esta es la conclusión que saqué al terminar de escribir este libro, que concluye por proponer una reforma radical de la historia. Según los datos disponibles, la historia que hoy se enseña en nuestras escuelas es la

materia más aborrecida por los niños, la más aburrida, y la más apegada a métodos pedagógicos obsoletos. Es decir, los actuales sistemas pedagógicos son los menos adecuados para incitar a los niños a conocer el pasado.

La reforma de la enseñanza de la historia y del sistema educativo no puede olvidar que la enseñanza “nunca es una mera transmisión de conocimientos o destrezas prácticas, sino que se acompaña de un ideal de vida y de un proyecto de sociedad”. La nueva propuesta educativa debe ser coherente con el proyecto de sociedad democrática que están construyendo los mexicanos, y debe rechazar los ideales de educación negativos. Como dice Savater, el proyecto democrático y universalista de educación debe rechazar “el servicio a una divinidad celosa cuyos mandamientos han de guiar a los humanos”, sea ésta “el espíritu de una nación o de una etnia”. Debe rechazar, asimismo, los modelos diseñados para “responder a todas las perplejidades humanas, sea desde la abolición colectivista de la propiedad privada o desde la potenciación de ésta en una maximización de acumulación y consumo que se confunde con la bienaventuranza”.

Para llevar a cabo esta reforma sabemos que se requiere el esfuerzo conjunto de maestros y pedagogos, de alumnos y padres de familia, de las autoridades educativas y del conjunto de la sociedad.

Para alcanzar estos objetivos, habría que retomar las propuestas sociales del Acuerdo Nacional para la Modernización de la Educación Básica (1992). El mensaje de este documento decía que la “magnitud y trascendencia de la obra educativa que reclama el futuro de México entraña la participación de cuantos intervienen en los procesos educativos”, por lo que es indispensable fortalecer la capacidad de organización y participación en la base del sistema: la escuela misma, los maestros, los padres de familia y los alumnos. Se trataba de “desplegar la energía social para un decidido enriquecimiento de la educación”, fundado en una efectiva y “amplia participación social en la educación”.

Recibido 6/II/2002
Aceptado 23/V/2002



El pasado 7 de febrero la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo concedió al Dr. Luis González y González el grado de *Doctor Honoris Causa*, en atención a “los amplios méritos académicos del candidato, sus aportes a la teoría y la metodología de los estudios históricos, al conocimiento de la historia de Michoacán, así como al desarrollo de la cultura, la investigación humanística y la educación superior en nuestro Estado”. La iniciativa surgió del Instituto de Investigaciones Históricas, que en sesión de Consejo Técnico de 21 de febrero de 2001 decidió solicitar al Honorable Consejo Universitario de la Casa de Hidalgo otorgase la máxima distinción honorífica al destacado historiador michoacano. La propuesta fue apoyada por la Escuela de Historia, entre otras dependencias universitarias. Finalmente, en septiembre del mismo año el Consejo Universitario resolvió que el citado reconocimiento se diera a Luis González y González, Jaime Labastida Ochoa y Jerzy Rzedokwski Rotter.

El acto solemne en que se rindió homenaje a don Luis tuvo lugar en la Escuela Preparatoria “Melchor Ocampo”, el jueves 7 de febrero de 2002. El inmueble, en el que se alojó Miguel Hidalgo y Costilla en octubre de 1810, fue punto de reunión de autoridades universitarias, miembros del Consejo Universitario, profesores y estudiantes nicolaitas, un nutrido grupo de historiadores, y familiares y amigos

del cronista de San José de Gracia. Gerardo Sánchez Díaz y Alonso Torres Aburto en su carácter de directores del Instituto de Investigaciones Históricas y la Escuela de Historia, respectivamente, hicieron uso de la palabra y destacaron la trayectoria y méritos académicos del fundador de El Colegio de Michoacán, en tanto que el rector de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo hizo entrega de un pergamino. La ceremonia concluyó con la emotiva participación del hacedor de historias matrias.

El festejo contempló otras actividades: el día 6 el Dr. Enrique Florescano impartió la conferencia magistral "Para qué estudiar y enseñar la historia", y el autor de *Pueblo en vilo* dio lectura en la Biblioteca Pública Universitaria al texto "¿Qué es Michoacán?", que se reproduce a continuación.

